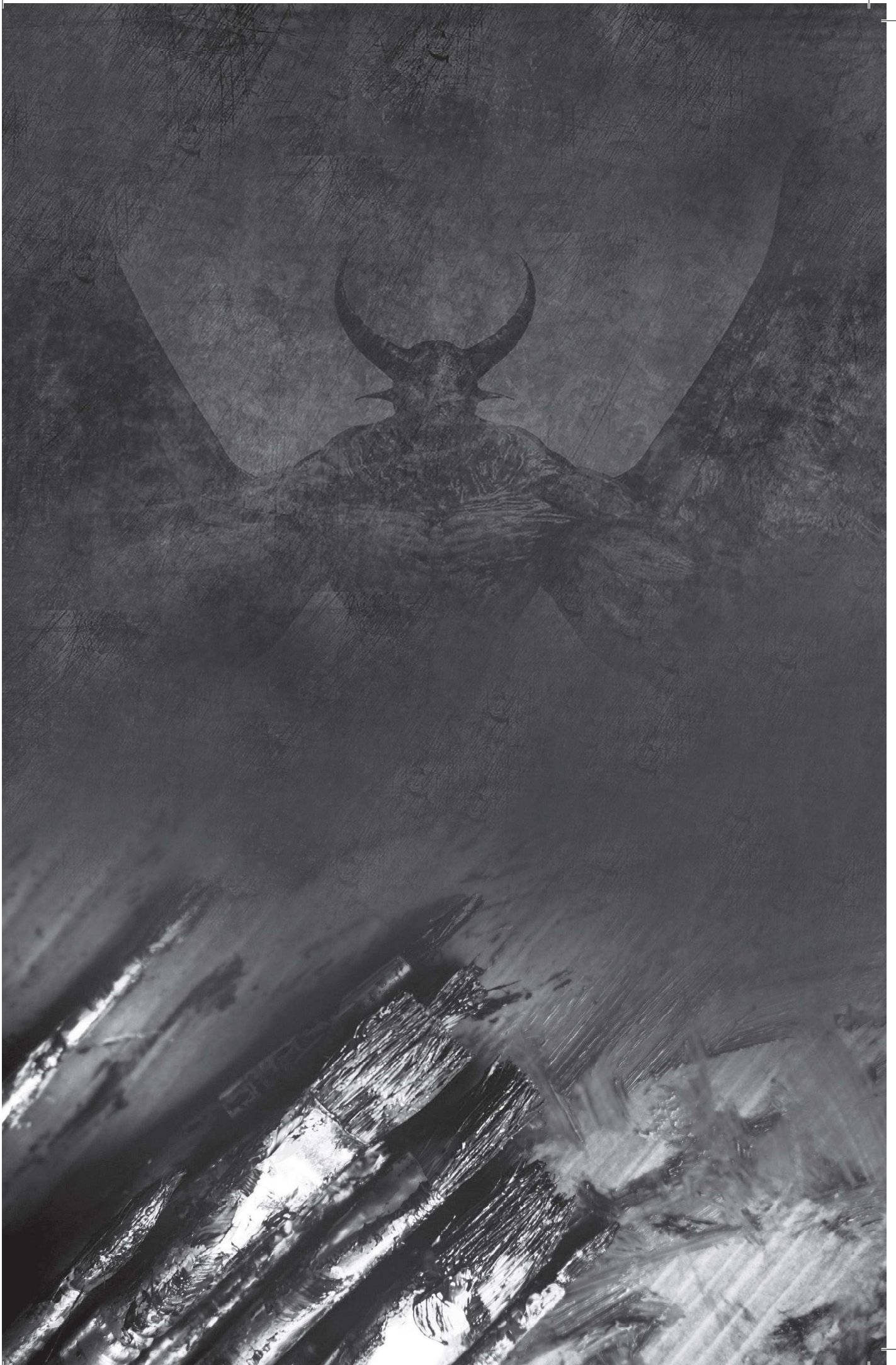


“No es el diablo tan feo, como pintado lo vemos.”

Anónimo







Corría.

Corría desesperadamente.

Sus pulmones no captaban el oxígeno suficiente y él, con la boca abierta, trataba desesperadamente de introducir en sus pulmones aire suficiente para no caer al suelo extenuado.

No lo entendía, estaba en una perfecta forma física. Era un deportista nato, tenía fondo, era miembro del equipo de atletismo del instituto de secundaria donde estudiaba y entrenaba a diario, su especialidad eran los mil metros.

Sin embargo, aquellos poco más de doscientos cincuenta metros, parecían dispuestos a acabar con su vida en cualquier momento.

Boqueaba.

La vida parecía escapársele y en sus ojos el terror se mezclaba con las lágrimas dándole un halo de irrealidad a todo lo que miraba.

Sentía como los mocos fluían por su nariz, mientras trataba de tranquilizar su corazón desbocado. Al menos lo suficiente como para recobrar el control y seguir corriendo.

En su mente se formaban dos palabras sucesivamente, en una rueda sin fin: corre, respira, corre, respira...

Vio a su lado derecho la sucesión de lápidas del cementerio, parcialmente cubiertas por una capa de nieve, indicativo de que la primavera estaba ya, como mínimo, mediada.

Si hubiera sido pleno invierno todo el entorno habría estado cubierto por una buena capa de nieve, pero ahora, se apreciaban numerosos claros en los que se podía apreciar el verde y oscuro césped que brotaba debajo.

Al final de la cuesta acertó a ver una puerta abierta.

Llegó hasta el umbral tan deprisa como pudo, después de subir los escalones de dos en dos, y se detuvo apoyándose sobre la puerta y agarrándose a ella, con las pocas fuerzas que le quedaban.

Miró al interior y acertó a ver un pasillo central flanqueado por dos hileras de bancos de madera inmaculadamente pintados de color blanco, pensó que, si se metía debajo de uno de los bancos, podía quedar oculto a la vista casi totalmente, ese fue su único pensamiento, ocultarse.

No lo dudó, corrió hasta el centro de la nave, con las pocas fuerzas recuperadas en la breve pausa, y se metió bajo uno de los bancos, elegido al azar.

Se acurrucó, adoptando una posición fetal.

Poco a poco se fue calmando su respiración, pero los sollozos y los gimoteos no conseguía dominarlos.

Se limpió lágrimas y los mocos con la manga de la sudadera.

Poco a poco el sofoco de la carrera dio paso a un frío intenso y comenzó a temblar, se puso la capucha de la sudadera y se encogió un poco más.

No fue capaz de calcular cuánto tiempo estuvo allí, acurrucado, temblando, llorando y gimiendo.

—¿Qué haces ahí hijo mío?

La cara, amable y con un rictus de extrañeza, lo devolvió a la realidad una vez superado el susto inicial al oír la voz.

—¿Qué te ocurre? vamos, sal de ahí.

Repitió la voz, amable pero firme, sin alterarse.

Entonces vio el alzacuellos.

—He visto al diablo, reverendo.

I

El Tipi

La silenciosa berlina giró a la izquierda en la intersección de Baxter Street con Bayard Street, dejando a su derecha el Columbus Park, con su Pavillion, cerrado y vallado, abandonado por la ciudad, sus árboles, sus pistas de deportes... su monumento a Sun Yat—Sen, el que fuera primer presidente de la República China, allá por los principios del siglo XX.

En el monumento, bajo la estatua puede leerse una frase tan hermosa como falsa: *“Todos, bajo el cielo, somos iguales”*.

Esta estatua nos dejaba bien claro, que nos encontrábamos en pleno Chinatown, por si los múltiples comercios y restaurantes rotulados en chino o las personas de esa etnia que cada día hacían Taichi en el parque, no fueran suficiente indicativo.

Pero a las dos de la madrugada nadie cantaba las hermosas canciones tradicionales chinas, nadie bailaba al son de unos instrumentos, que serían toda una singularidad en cualquier otra parte de occidente, que no fuera Nueva York.

Por el contrario, el parque aparecía desierto y nada, salvo la rodadura del coche y luego la puerta del garaje al abrirse, turbaba el silencio existente a esas horas de la madrugada.

A pocos metros de la esquina, el vehículo, entró a través de una verja de acero pintada de un gris muy oscuro, que se acababa de abrir a su izquierda, y se internó por un pasillo lateral del edificio para acabar metiéndose en un garaje que se abría al fondo.

Cuando cesó el leve ruido de la verja, al cerrarse de nuevo, la noche volvió a dar paso a un silencio tan solo roto por el breve murmullo que el tráfico, escaso a esa hora, generaba en los accesos a Manhattan Bridge, a cuatro manzanas de distancia.

Cuando se acabó de cerrar la puerta del garaje Michael, alto, delgado y bien vestido, salió del vehículo y, cargando con una cartera de piel claramente anticuada, se encaminó al ascensor interior y marcó el botón del último piso.

La apertura de la puerta del ascensor, coincidió con el encendido de las luces de un amplio estudio que ocupaba algo más de la mitad de la planta.

Fue directo a un gran escritorio de madera oscura y depositó sobre él la cartera, luego se dirigió a la única puerta existente, amén de la del ascensor y penetró en un dormitorio que, junto con el baño incorporado y el vestidor, ocupaban el resto de la planta.

Tanto el dormitorio como en el estudio estaban presididos por sendas cruces de mediano tamaño, la del estudio era una cruz simple, de madera barnizada, la del dormitorio era también de madera y presentaba una imagen de Jesucristo en madera tallada.

Ambas cruces eran de hermosa factura, pero totalmente carentes de interés artístico.

Se quitó la corbata y los zapatos y sustituyó la americana por un jersey y los zapatos por unas zapatillas.

Sintió hambre por primera vez en toda la noche. No había cenado, abstraído como había estado toda la tarde, en el enésimo repaso al contrato que debía tratar de hacer firmar a un nuevo cliente al día siguiente.

Las reuniones con el equipo de abogados solían ser agotadoras.

Salió de nuevo al estudio y bajó por una amplia escalera de caracol, con peldaños de madera colgados de un grueso pilar central, sus pasos eran ágiles, a pesar de que no era precisamente un hombre joven.

Al cabo de pocos minutos volvió a subir provisto con una caja de papel con el logo de KFC y un contra muslo de pollo en

la mano derecha, que humeaba ligeramente por efecto del horno microondas.

Depositó la caja sobre una mesa de centro, ubicada entre dos sofás y con vistas a una terraza llena de plantas y flores.

Se dirigió al mueble bar, limpiándose las manos con una servilleta de papel, y sacó unos cubitos de hielo de la pequeña nevera, oculta tras una puerta con el mismo acabado que el resto de los muebles, y los depositó dentro de un vaso de cristal tallado, casi tan ancho como largo, luego cogió una botella de bourbon de la puerta de al lado y se sirvió una generosa ración.

Cuando acabó con los restos de pollo de la cena del día anterior se dirigió a la terraza con el vaso en la mano.

No miró las plantas, fue directamente a la barandilla, formada por una balaustrada de mármol, de un blanco impoluto.

Apoyó las manos en la barandilla, después de dejar el vaso sobre el pasamanos.

Miró abajo, Chinatown no parecía el barrio más adecuado para alguien en su posición, pero le gustaba.

Cuando llegó a la ciudad por primera vez se alojó en un pequeño apartamento, cuyas ventanas podía ver perfectamente a la izquierda desde donde se encontraba, en un tercer piso de un edificio de la calle Mulberry.

No sentía ninguna añoranza de aquel tiempo, así que desvió la vista.

Observó como varias personas se perdían por la esquina en dirección norte por dicha calle Mulberry.

¿Quién sabe? —pensó— quizás sean miembros de un Tong, una de aquellas sociedades secretas, auténticas mafias chinas, que estos habían creado para protegerse de las demás etnias y, por qué no, para extorsionar a los de la propia también.

Ahora, en el presente, seguían con muchas de sus antiguas tradiciones y costumbres incluida la de agruparse en Tongs, eso a pesar de que, tras más de un siglo, muchos de ellos respondieran a nombres como John o David, aunque fuera seguido de un apellido Wu o Zhang o Liu o algo parecido.

Oyó como un coche arrancaba, rompiendo la noche con el sonido de su motor, y después iniciaba su marcha haciendo chirriar las ruedas.

El sonido duró poco.

Los chinos habían sido los últimos en llegar, previamente habían pasado por el barrio los italianos, que habían ocupado, con su Little Italy, buena parte de lo que, en el presente, era Chinatown.

Previamente a los italianos, los judíos de la Europa del Este, Ucrania, Rusia, Polonia... habían sentado sus reales allí, huyendo de los pogromos de mediados y finales del siglo diecinueve.

También hubo irlandeses, que huían del Hambre de la Patata, ingleses, escoceses, y, como no, los nativos, gentes que pretendían mantener unos privilegios que, como nacidos en el país, según ellos, les correspondían.

Por supuesto, no podían faltar negros de infinitas procedencias, la mayoría liberados de la esclavitud por la guerra civil y que llegaban a New York desde los estados del sur, acompañados siempre por la esperanza en una vida mejor y un trato más justo.

Recorrió el parque con la vista, lentamente, hasta detenerse en el lado opuesto de donde se encontraba su casa.

Five Points, el lugar que la ciudad de New York había querido olvidar durante todo un siglo.

“*Todo lo repugnante, degenerado y corrupto está aquí*” escribió Charles Dickens en su “*Notas de América*” después de haber visitado el barrio, con protección policial, claro está.

En esa Babel, lo más mísero de medio mundo se agolpaba en los *tenements*^{*}, diminutos espacios donde se agolpaban las familias que trataban desesperadamente de escapar de la miseria más atroz y quedaban atrapadas en uno de los lugares más siniestros y horribles que nadie pueda imaginar.

Calles sin pavimentar, chabolas por doquier que se apiñaban apoyándose unas en otras, peleas callejeras entre los diferentes *gangs*^{**}, territorios copados según los diferentes países de origen, religión, etnia, ghettos de todo tipo, al fin y al cabo.

*Viviendas

**Panda o pandilla

Cualquier motivo era suficiente para hacer que se mataran entre sí.

La más mínima excusa era buena para separar y, esa separación, era suficiente motivo para que arremetieran los unos contra los otros en peleas que, a menudo, en forma de verdaderas batallas, duraban días y acababan con algún que otro muerto.

Hay quién afirma que aquel había sido el peor barrio de la ciudad, del país e incluso del mundo y, probablemente, no andaban descaminados.

Los gases de la, mal desecada y contaminada, laguna que había ocupado buena parte del barrio, se filtraban por las grietas que se abrían en el suelo, inundando de vapores tóxicos las calles, ayudando así a los montones de basura en descomposición, que nadie recogía, a los animales sueltos o muertos por las calles, a la saturación de personas y a la falta total de higiene, a provocar enfermedades sin número entre la población.

Five Points, el lugar donde convivían, mal, pero convivían, etnias, lenguas, pandillas, costumbres... el lugar donde nació la mafia americana, de allí salieron personajes como Capone o Lucky Luciano... El lugar donde se fundó el Sindicato del Crimen.

Five Points, el lugar donde, según se dice, se inventó el claqué, fruto de la fusión entre los bailes y cantes de los negros recién liberados con el *ceilis*, ese extraño baile que consiste en depositar todo el ritmo en los pies, y que los inmigrantes irlandeses habían traído desde su verde tierra natal.

Five Points, el barrio que la película de *Gangs of New York* de Martin Scorsese había vuelto a traer a la palestra y había colocado en las guías de turismo del mundo entero.

El afán por olvidar de los neoyorquinos no había sido suficiente para borrar el lugar de la memoria.

No fue posible borrar el recuerdo cerrando Cross Street, eliminando así la referencia de los cinco puntos de confluencia que daban nombre al barrio.

No fue posible cambiando el nombre de la zona por el de Mulberry Bend, ni el nombre de Orange Street por Baxter Street.

Tampoco fue posible derribando los *tenements* y creando el Columbus Park.

El barrio era otro, las gentes eran otras, los diferentes grupos étnicos y raciales fueron diseminándose por una ciudad que creció de manera desmesurada durante el siglo veinte.

La violencia había dado paso a la convivencia actual, haciendo que ésta no fuera mayor ni menor que en cualquier otro lugar de la ciudad y eso, teniendo en cuenta los antecedentes, era mucho.

Los fantasmas del pasado seguían revoloteando sobre la zona.

Tan solo era necesario mirar atentamente para percibirlos.

Él lo hacía y, a pesar de ello le gustaba vivir allí, estaba seguro de que entre tanta maldad, suciedad, depravación y crimen había habido un rincón para el bien, la piedad y el amor. Eso a pesar de que el diablo, a buen seguro, andaba a sus anchas saliendo del envilecido pasado para adaptarse a las nuevas reglas.

Estaba convencido de que la mayoría habían sido gente humilde que solo trataba de sacar la cabeza del lodazal al que los había llevado la miseria y la injusticia.

En el fondo, el barrio actual, no dejaba de ser una pequeña victoria sobre satanás y mantener eso así, para él, era un desafío.

A veces le parecía percibir el hedor de las calles, el olor a basura, a desechos, a putrefacción, olor a sangre seca, a sangre fresca, a alcohol barato, a cerdos circulando libremente por las calles, a pollos, gallinas y conejos enjaulados y expuestos, y también creía oír la algarabía, las conversaciones, las broncas, los borrachos cantando por las calles, los vendedores voceando sus mercancías mientras empujaban los carros cargados de todo tipo de productos.

Los niños gritando, los borrachos roncando, mientras dormían la borrachera tumbados de cualquier manera en cualquier rincón.

Incluso llegaba a pensar, en un delirio, que él había ayudado con su mera presencia, a acabar con aquella pesadilla que debió ser Five Points en el pasado.

Levantó la vista y miró el skyline de la ciudad. Detuvo la vista en el One World Trade Center, a poco más de un kilómetro de distancia en línea recta, la torre que había sustituido a las derrui-

das, recordadas y lloradas Torres Gemelas, la parte más conocida y visible del WTC.

Luego paseó la mirada por el resto de edificios hasta detenerla de nuevo, esta vez en el *Tipi Building*, su edificio, la sede de su empresa, cuya curiosa cubierta refulgía iluminada por potentes focos.

El *Tipi Building* empezó su historia como el *Lewis Burton Building* recién estrenado el siglo veinte.

Trataba de competir en altura y magnificencia con el recién inaugurado, pocos años antes, *Park Row Building*.

El objetivo de Lewis Burton, su promotor, era superar, aunque fuera por un solo metro, la altura de dicho edificio, considerado entonces como el más alto de la ciudad.

Lewis Burton no lo consiguió, cayó, como una víctima más, en el que se dio en llamar “*Pánico Financiero de 1.907*”.

La intención de Lewis Burton, que acabó pegándose un tiro en la cabeza en una habitación de hotel, era llegar a los 128 metros de altura, con lo que habría superado en nueve metros la altura del *Park Row Building*.

Cuando el financiero se arruinó, y se pararon las obras, faltaban aún seis plantas por levantar, por lo que el edificio se quedó con algo menos de cien metros de altura.

El nuevo dueño, que actuaba como tapado de un banco regional de Alabama, compró la edificación por algo menos de un millón de dólares, menos de un tercio de lo que había costado construirlo.

Al nuevo dueño le traían sin cuidado las batallas por conseguir una mayor altura, lo que, a él, es decir al banco de Alabama, le interesaba, era terminar el edificio cuanto antes y alquilar las oficinas que se abrían a ambos lados de interminables pasillos iluminados por, míseras y amarillentas, bombillas sin pantalla, colgadas de los altos techos por los propios cables que las alimentaban.

El lugar y el tiempo presagiaban un desarrollo desbocado, y el banco, como no, no quería quedarse atrás y atrapar la mejor y mayor tajada posible.

El edificio se coronó finalmente con una cúpula piramidal que se revistió de zinc.

El arquitecto que hizo el proyecto y que fue recontratado para finalizar las obras, en un afán por pasar de alguna forma a la posteridad, consciente de que, al menos con aquel edificio, nunca formaría parte de la élite que habían diseñado los más altos, hizo, como mero ejercicio de diseño, que dicha pirámide en lugar de una base cuadrada la tuviera decagonal, lo que hizo que, una vez coronada con dos antenas y un pararrayos, se viera desde la calle como una típica tienda india y de ahí que todo el mundo comenzara a denominarlo "*The Tipi Building*" obviando completamente el nombre que figuraba en la placa colocada junto a la puerta de entrada.

El nombre se acuñó como oficial en la década de los cincuenta al cambiar, de nuevo, de propietario, y para dejar constancia de ello se sustituyó la placa, fea y deteriorada de la entrada, por una nueva y dorada que contenía tanto el nuevo nombre como con el grabado de un tipi.

Era un edificio típico de la época en que fue construido.

Constaba de una fachada principal, que presentaba dos grupos de cuatro ventanas a cada lado, con una zona central, retranqueada ligeramente con respecto a los laterales, compuesta por seis ventanas más y la puerta de entrada, sin ningún distintivo especial, era tan solo una puerta de madera de dos hojas con vidrio en el centro.

En la planta quinta existía una gran terraza ya que, a partir de esa altura, la superficie por planta del edificio se veía reducida a algo más de la mitad de la superficie de las primeras plantas.

Todas las fachadas estaban revestidas, como era habitual en la época, con piedra de color gris que, con el paso del tiempo, se fue oscureciendo dándole al edificio un aspecto feo y oscuro.

Además, la planta baja tenía la misma altura que el resto, por lo que la apariencia que ofrecía era la de un mazacote lleno de ventanas exactamente iguales desde abajo hasta arriba, sin presentar ningún elemento que le diera una cierta gracilidad al conjunto.

El edificio tuvo multitud de usos, siendo el predominante el de oficinas de alquiler, que iban desde plantas completas hasta pasillos con múltiples puertas que daban acceso a oficinas minúsculas, muchas de ellas sin luz natural ni ventilación.

En una de aquellas pequeñas oficinas fue donde se radicó la sucursal de su empresa, Ly Advisors, dedicada a la consultoría tal y como su fundador Michael Layton ya venía haciendo en su ciudad de origen, Lebanon, en el estado de Pennsylvania, donde radicaba la central de la compañía y donde se había quedado al cargo de la oficina un adjunto, trasladándose él a New York con el objetivo de hacer crecer la empresa, en el lugar donde se hacían los grandes negocios en Estados Unidos.

Las cosas fueron bien y en un par de años había alquilado una planta completa, para pasar a tres plantas tan solo cinco años más tarde, pasando, el Tipi, a ser la sede central de la compañía y quedando la oficina de Lebanon como una sucursal.

Finalmente, Ly Advisors, llegó a un acuerdo con el propietario del edificio, a finales del año dos mil, y adquirió el edificio completo, procediendo a remodelarlo en su totalidad.

Se adecuaron las zonas comunes con nueva pintura, nuevas carpinterías y nueva iluminación e instalaciones, se eliminaron los largos y tristes pasillos por otros más amplios y mejor iluminados y con despachos más grandes y con iluminación natural todos ellos.

Se eliminó también parte de la primera planta, para hacer una entrada más acorde con los tiempos y con el lugar en que estaba el edificio, evidentemente con la vista puesta en revalorizarlo, a la par que, se daba una mejor imagen a la compañía que, aunque tan solo ocupaba cinco plantas de las existentes, sí monopolizaba la fachada principal con un gran logo inserto en ella.

La recepción pasó a contar con doble altura y se la dotó de modernos sistemas electrónicos de control de accesos, eliminando todo aquello pasado de moda y dando al edificio un aspecto mucho más dinámico.

Por fuera ocurrió igual, se cambiaron la obsoleta puerta de acceso, de madera, y se colocaron dos modernas y automatizadas puertas giratorias de vidrio.

En la fachada se eliminó todo el paño de pared en la zona donde se habían demolido los forjados y se sustituyó por vidrio, dando una gran luminosidad a toda la recepción, además, hasta esa altura, en el resto de las fachadas, se eliminó el revestimiento gris y se colocó en su lugar mármol de color blanco procedente de Colorado, que se remató con una franja de pulido y brillante latón de cuarenta centímetros como transición al antiguo revestimiento, que se limpió en toda la superficie.

La enorme terraza de la quinta planta se adecuó como zona de restaurantes y cafeterías con amplios espacios de mesas y sillas con sombrillas, que eran substituidas por cerramientos de lona y plástico transparente en invierno.

El resultado fue un edificio sobrio a la par que moderno.

Se sentía satisfecho con lo que había hecho allí, estaba orgulloso de su edificio y de su empresa.

Continuó con su repaso de edificios durante cinco minutos más hasta que, acabada la copa entró de nuevo al edificio y se fue a dormir.